



Lecturas

Quinto grado

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



Serpiente de fuego

Carmen Leñero

En una noche de tormenta sobre la Mixteca, mientras estruendosos relámpagos caían a diestra y siniestra de la cabaña de unos campesinos, el más pequeño de la familia, Martín, tuvo una pesadilla. Soñó que uno de aquellos rayos, que alcanzaba a escuchar, aunque estaba dormido, se clavaba en el centro de su pecho y lo abría por la mitad. De su corazón de niño surgía la cabeza de una serpiente con plumas, y detrás de esa cabeza, el cuerpo duro y rasposo de una langosta. El chiquillo intentó despertar, pero no pudo. Poco a poco iba emergiendo aquella extraña criatura de su pecho, ocasionándole un dolor agudo y muchísimo miedo; así que usó sus propias manos para extraerla de un jalón: vio salir cada una de sus cuatro patas con garras y, finalmente, su cola en forma de mecha. Otro rayo cayó en ese momento e incendió la mecha, convirtiendo a aquel monstruo en un animal de fuego. La serpiente-langosta se elevó, abrió un boquete en el techo y subió como un destello gigantesco a incrustarse en la oscura bóveda celeste.

A la mañana siguiente, al despertar, Martín comprobó que su pecho no mostraba ninguna herida y que el techo de la cabaña estaba intacto, pero encontró tres monedas de oro bajo su almohada. Perplejo, se vistió a toda prisa y se encaminó a casa de su abuelo para mostrarle las monedas y preguntarle qué podía significar su sueño de anoche.

Después de revisar cuidadosamente las monedas, el rostro del anciano se iluminó.

—¿Le has hablado a alguien de esto?

Martín negó con la cabeza. Tenía los ojos más radiantes que de costumbre, y la sonrisa de su abuelo había mitigado su terror infantil.

—Abuelo, ¿qué es ese monstruo que me salió del cuerpo? —preguntó.

—Es tu nahual —susurró el viejo—, la fabulosa Serpiente de fuego, “Coo Níu’un”, que te contagiará sus poderes extraordinarios.

—¿Y por qué a mí?

—Nadie sabe por qué tiene el nahual que tiene, Martín. El tuyo es muy especial y no debes decírselo a nadie, porque si alguno de los brujos de la región se entera, querrá venirse a robar el poder de tu nahual.

—¿Y en qué consiste ese poder?, abuelo —volvió a preguntar Martín, muy preocupado.

—Es el poder que todas las serpientes mágicas de nuestro mundo heredan del gran dios Quetzalcóatl, la “Serpiente emplumada”. Convertidos en serpientes es como nuestros dioses se comunican con los hombres, ¿lo sabías? Estas culebras fantásticas tienen el don de conectar el cielo y la tierra, el paraíso con el inframundo, y por eso todas ellas, a pesar de ser serpientes, vuelan.

Martín escuchó atónito lo que su abuelo le decía.

—¡Todas ellas! ¿Así que hay muchas serpientes divinas?

—Claro —respondió el viejo—, están por ejemplo, Tepew y Kukumatz, que son las transformaciones de dos dioses mayas; o Tupac Amaru, la serpiente turquesa de los pueblos incas; o Ehécatl, la “Serpiente de viento”; o la fantástica Xiuhcóatl, que es la “Serpiente de fuego” de los aztecas.

—Pero “mi” serpiente, la que salió de mi corazón, tenía más bien el cuerpo de un camarón gigante —replicó Martín—, como si viniera del mar.



—No es que venga del mar, más bien cae del cielo en forma de estrella fugaz con su cola encendida, pero también puede sumergirse en las profundidades del océano. Ahí lucha contra la “Serpiente de siete cabezas”, guardiana de los tesoros marinos, para robárselos y traérselos a sus “protegidos”. Protegidos, ¡como tú!; ¿no es maravilloso? Por eso a menudo encontrarás brillantes monedas como éstas bajo tu almohada. Entiérralas en un lugar seguro, Martín, hasta que tengas la edad y el juicio para usarlas en bien de los hombres.

—¿Pero por qué una criatura tan aterradorante puede ser benéfica?
—preguntó azorado el niño.

—Ése es el misterio de los dioses y de los monstruos, mi hijito, el misterio del bien y el mal en eterna lucha. Nuestras serpientes divinas son como los dragones de otras latitudes: fabulosos y temibles.

—¿Y cómo sabes tú tanto de serpientes mágicas, abuelo?

—Ah, pues porque mi nahual, es decir, mi animal gemelo, es también una serpiente sagrada, hermana de la tuya. Se llama Coo Dzahui y representa el espíritu de la lluvia, así como la fuerza tremenda del huracán. Con esa misma fuerza te defenderé de cualquier brujo que quiera quitarte a tu nahual, mientras tú creces y maduras.

—¿Y yo qué debo hacer ahora? —preguntó Martín con cierta angustia.

—Guardar el secreto y mirar todas las noches el cielo. Cuando veas caer una estrella fugaz sabrás que tu poder de fuego ha despertado y está firme.

Martín se quedó mudo mientras su abuelo le acariciaba la cabeza para tranquilizarlo. En medio del silencio escucharon ambos el zumbido de un mosquito con alas de libélula, que los rondaba. No le prestaron atención, pues ignoraban que se trataba del brujo Anófeles, transformado en insecto.

El malvado Anófeles, que la noche anterior había visto un enorme destello atravesar el cielo, adivinó que se trataba de la magnífica serpiente Coo Nú'un. Así que, ardiendo en envidia, había seguido a Martín esa mañana hasta la casa del viejo, y cómodamente posado en una esquina del ropero escuchó su conversación.

—No habrá quién te defienda de mí, escuinle zonzo —masculló Anófeles para sus adentros, mientras se lanzaba en picada. En un segundo



desenvainó su aguijón y lo clavó en la frente del anciano, inyectándole los mortales microbios que cargaba en su vientre de mosquito.

Unas semanas después, el abuelo de Martín enfermó gravemente de paludismo y no hubo forma de salvarle la vida. De regreso del entierro, con los ojos llorosos, Martín alzó la mirada al cielo nocturno. Por detrás de sus lágrimas alcanzó a ver la caída de una fabulosa estrella fugaz que le recordó su destino. Pidió entonces un deseo irrealizable:

—Oh, Serpiente de fuego, regrésame a mi abuelo. Ése es el único tesoro que te pido.

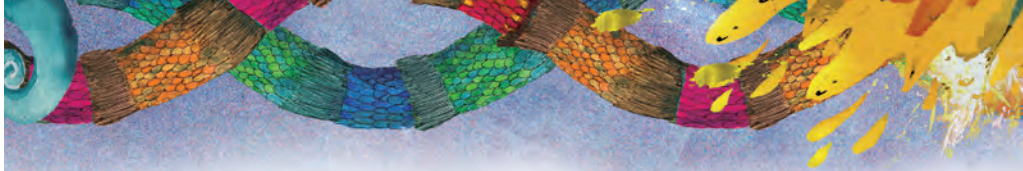
Sólo le respondió el silencio de la noche, un silencio abismal que presagiaba tormenta.



Cuando Martín y su familia, envueltos en la tristeza, llegaron a su cabaña, no se percataron de que una nube de insidiosos mosquitos flotaba sobre el tejado, esperando la mejor oportunidad para introducirse en la casa. Sin embargo, a medianoche, cuando ya estaban todos dormidos, se desataron furiosos vientos huracanados que dispersaron la malévola nube de insectos. El estruendo del huracán despertó a la familia, incluido Martín, quien de inmediato buscó debajo de su almohada. No había monedas de oro ni ninguna otra cosa ahí. Pero sintió que sus ojos ardían. Se levantó de la cama y encendió una vela. En la ventana vio reflejado su rostro. No era el rostro de siempre, porque en el centro de cada uno de sus ojos llameaba un fuego sagrado: el fuego de una temible y antigua sabiduría, que muy pocos podrían mirar de frente sin perecer. ✍

(Basado en una historia tradicional mixe.)





Serpiente de fuego

Origen: Mixe.

Nombre: Coo Ñu'un, que en lengua mixteca viene de "Coo" serpiente, y "ñu'un": fuego.

Apodos: Estrella fugaz. Flecha de Huitzilopochtli. Caballo de Tláloc. Culebra de la Vía Láctea.

Parentela: Hija de Quetzalcóatl, la "Serpiente emplumada" de los nahuas; hermana de Coo Dzahui, también llamada "Nueve viento" o "Serpiente de la lluvia y el huracán" por los mixtecos; sobrina de Kukulkán, la serpiente sagrada de los mayas; prima de Xiuhcóatl, la "Serpiente de fuego" de los aztecas, y sobrina de otras muchas serpientes divinas de Mesoamérica.

Sexo: Femenino.

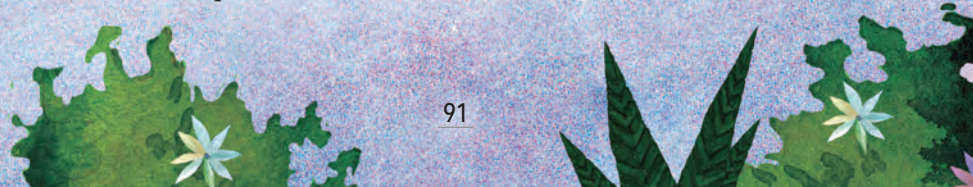
Edad: Más de quinientos años.

Domicilio: Regiones montañosas.

Señas particulares: Tiene cuerpo de langosta y cabeza de serpiente, pero emplumada; sus cuatro patas terminan en garras; su cola tiene forma de una mecha, que al incendiarse le provee de propulsión ígnea. Es astuta, fulminante y versátil. Se alimenta de los deseos y ambiciones de los hombres.

Misión: Ser mensajera entre el cielo, el mar y la tierra. Ser nahual y asistente de los dioses, buscadora de tesoros y dispensadora de dones. Tienen el poder de transformarse en estrella fugaz, de bucear en el mar y de incendiar a quien la mire.

Antídoto: Usar gruesos lentes de sol, incluso en las noches.



Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Ppadecer atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-
nada y pelaje áspero y escaso de color
café rojizo claro con dos líneas blancas
en los costados rodeadas de pelo más
oscuro; vive en túneles en el desierto,
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-
res que se colocan sobre un mástil y
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-
buye a quienes viven en comunidad o
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las
mujeres a la cintura para abultar la
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-
tura y música, aquello que evoca algo
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna
con brazos; sus flores son blancas y
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-
dios con figura de anciano que prote-
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a
aquel por donde viene el viento.
- susitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,
con el hocico redondeado, que vive en
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,
parecida al búho, de color pardo gri-
sáceo con manchas blancas, con dos
mechones de plumas a ambos lados de
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-
to es monótono y muy característico.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149